

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.  
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.  
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

## Dominica 4.<sup>a</sup> de Adviento.

(Continuacion.)

La verdadera Penitencia se dá á conocer por un cambio radical de vida y de costumbres que consiste en un santo afan de vivir cristianamente y de agradar á Dios en todas nuestras acciones, progresando lentamente, pero con paso firme y constante en la práctica del bien, en la fuga del vicio y en la dominacion de nuestras pasiones. Porque así como pecando nos apartamos de Dios y nos convertimos á las criaturas, es preciso que para realizar nuestra santificacion, nos apartemos del amor desordenado de las criaturas, y nos volvamos de corazon á Dios, adorando lo que antes quemábamos y quemando lo que antes adorábamos. Es palabra del profeta Isaias que describe la

conversion diciendo: *Convertimini, sicut in profundum recesseratis* (1). Los intérpretes sagrados aguzan su ingenio para descubrir el sentido de aquel terrible vaticinio que pronunció Jonás sobre los ninivitas, diciendo: Todavía restan cuarenta dias y Ninive será destruida.

Porque la ciencia de Dios es infalible, y Dios habia previsto que los Ninivitas harian penitencia y evitarian la ruina con que el Profeta les amenazaba. ¿Cómo; pues, se armoniza esta contradiccion entre la profecía y el suceso? San Agustin responde que el vaticinio se cumplió puesto que Ninive fué destruida en un sentido espiritual, y no lo fué en sentido material. No fueron arruinados sus muros, ni destruidas sus moradas, ni pasados á cuchillo sus habitantes, sino des-

troidas las costumbres perversas de los ninivitas, abolidos los espectáculos inmorales, restaurado el imperio de la moralidad, sepultado en el mar de la penitencia el ejército de los vicios, y renovada la faz de aquella tierra por lágrimas de dolor y de penitencia, derramadas por todos desde el anciano encorbado por el peso de los años hasta el niño que pendía del pecho de su madre, desde el magnate hasta el bracero, desde el monarca hasta el último vasallo. Destruídos los vicios se entronizaron las virtudes. Cayó, pues, convertido en ruinas el imperio de Ninive pecadora á impulso de la penitencia, y se levantó sobre estas dichosas ruinas el imperio de Ninive renovada, y engrandecida merced á la gracia divina que transforma las sociedades, inundando los corazones y regenerando las costumbres.

Hé aquí uno de los frutos que debe dar el árbol de la verdadera penitencia. No confiéis demasiado en vuestra honradez, ni os figureis sanos y salvos con decir. «Confesé mis pecados, y me arrepiento de mis malas obras. Si sois buenos árboles; ¿por qué no mostrais buenos frutos? ¿No es

verdad que perseverais en los mismos pecados? Os confesais, y no mudais de vida: os confesais, y sois tan soberbios como antes: os confesais, y vuestras costumbres son las mismas que antes de la confesion, y quizá peores, de manera que ni hay enmienda, ni cambio, ni progreso alguno en todo el tenor de vuestra vida. ¿Y á esto se llamará penitencia? San Agustin os dice que sois no persistentes sino escarnecedores de la penitencia. El convertido ha de ser un hombre nuevo, nuevo en sus pensamientos, nuevo en deseos, nuevo en sus costumbres, nuevo en todos los actos de su vida intelectual y moral de manera que la transformacion obrada en su espíritu se refleje en todo su porte exterior, y dé á conocer la mudanza realizada en su corazon por el exacto cumplimiento de sus deberes. Por un amor entrañable á la virtud y por un odio implacable al pecado. Este es *el segundo fruto* de la verdadera penitencia.

El temor de Dios, escudo fortísimo contra el pecado, engendra en los que se hallan mudados por la Penitencia cierto horror saludable á vista del pecado, de modo que aun el más remoto peligro de pecar les causa pavor y estremecimiento; fruto precioso de la

penitencia que voy á significar con un bellissimo pasaje bíblico. Huyendo David de sus enemigos acompañado de algunos vasallos que le eran fieles se ocultó en la caverna llamada Odolan. Era el tiempo de la siega, y un día en que el calor era extremado, David se ahogaba de sed; pero no era posible traer agua sin pasar por el campo enemigo con grave peligro de la vida. Con todo no temieron tres valientes de los que le acompañaban, y arrojando el peligro, atravesaron los reales enemigos, cogieron agua de la cisterna de Belen, y se la presentaron al sediento Monarca. ¿Y qué mas dice el sagrado texto? Que David no quiso beber el agua, y la ofreció en libacion al Señor. *Noluit bibere, sed libavit coram Domino* (1)

(Se continuará.)

Z. M.

---

## VARIEDADES.

### LOS LIENZOS DE MURILLO.

#### I.

En uno de los últimos días de Enero del año 1840 se derrumbaba el convento de Franciscanos de Alcocer. Manos impías, empuñando la tea incendiaria, pusieron fuego á aquella maravilla del ar-

te. Mil objetos preciosos fueron pasto de las llamas, y otros, so pretexto de *salvacion*, encontraron lugar seguro en la escondida arca del avaro y en el bolsillo sin fondo del ladrón.

De poco ó nada, si exceptuamos el yermo, se aprovechó el Tesoro. Las pequeñas campanas, menos una; algunos *in folios* que despreciaron los tenderos; unos cuantos centenares de ladrillos y lápidas sepulcrales, junto con la *subasta del dorado* de los altares, que algunos *inteligentes* arrancaron á fuerza de uñas, fué lo único que por aquel entonces facilitó al *crédito* de la nacion *cantidades suficientes* para enjugar su déficit...

#### II.

La tia Toñica, lavandera de oficio, ó profesion, como ahora se dice, encontraba en la actualidad desprovista de *cernadero* ó *colador* para hacer sus lejías.

Miraba desde su puerta el continuo entrar y salir del convento de multitud de gentes extrañas á la villa, y lo bien equipados y satisfechos que muchos caminaban, cargados de alfombras, sabinillas de altar, albas, roquetes, casullas, cortinas cristales, etc., etc., y dijo para su basquiña: «¡Tambien yo puedo hacer bien á la nacion salvando alguna cosa!» Y ligera á pesar de sus no pocos años, penetró en la iglesia.

Era ya tarde.

Esparecidos por el suelo quedaban solo algunos trozos de retablos, columnas truncadas ó tronchadas, brazos y cabezas de imágenes y piés de banco.

La tia Toñica nunca se preció de inteligente en escultura, así que, mirando con desden aquellos objetos, exclamó:

(1) 2.º Reg. Cap. 25.

—¡Canastos! ¡Y yo que estaba tan cerca! Todo esto para nada me sirve.... necia de mí, que pude entrar la primera... pero...

Y como herida su vista por alguna cosa extraordinaria añadió con el mayor júbilo restregándose sus asquerosos ojos:

—¡Bien, bueno, caramba! ¡Colador tenemos!

Y se encaramó como una ardilla, ayudándose con algunas imágenes y un trozo de confesionario, á la cornisa que tan vivamente había llamado su atención.

### III.

Ligera sube la vieja. ¿Qué será? Sin duda alguna la boca del alforjon mendicante enseña las amarillas de los buenos tiempos de Fernando VI. ¿Te sonries lector? Razon tienes; tampoco soy de los que creen en los tesoros imaginarios acaparados por los frailes! ¡Qué necedad! dirás; es cierto; pero..... ¡son tantas las que se han dicho de algunos años á esta parte!...

Sea de esto lo que fuere, la verdad es que lo que la tía Toñica había visto sobre la cornisa, no era alforja ni bolsón, ni cosa parecida: eran, sí, dos hermosos lienzos de Murillo, grandes como todas sus obras: dos cuadros en los que el eminente pintor andaluz había agotado la riqueza de su géuio, de su brillante inspiración y la nunca bien ponderada naturalidad de su pincel. Representaba la *Sagrada Cena* el uno, y el otro.... el asunto que ha hecho inmortal al maestro sevillano, el que hará vivir su nombre mientras exista el tiempo y mientras la

Religion cristiana sea la inspiradora de todo lo majestuoso, tierno y sublime.... *La Concepcion de María, La Perla*, la obra por excelencia.

¿Sería título suficiente para su custodia el ser la honra de la España artistica? No lo sabemos; solo, sí, á fuer de historiadores imparciales, debemos consignar que la tía Toñica no les daba grande importancia, sin duda porque al mirarlos abandonados por los *inteligentes*, debió decirse: «Trapos de frailes, á la colada con ellos;» y es buena prueba de que así lo pensó, el verla agarrada como una arpa á los cuadros, tirar de ellos con todas sus fuerzas, y no siendo éstas suficientes arrancar los lienzos, exclamando:

—¡Pícaros y que duros son de pelar! pero á fé que mejores coladores no ha de tener la Hidalga.

### IV.

Aquella misma noche, la chimenea de la lavandera arrojaba nubes de humo. La vieja, preparada la caldera había puesto en infusión y al fuego, los lienzos objeto de su codicia: removíalos de cuando en cuando con un hierro, y atizaba las brasas con sendos manojos de leña. La operación duraba mucho tiempo, y la tía Toñica debía estar poco satisfecha de su modo de quitar manchas, como ella llamaba á los colores y sombras, pues retorciendo y plegando sus apergaminados labios murmuraba: ¡ui por esas! cada vez mas frescos! ¡si parece que los acaban de pintar... mal fuego en ellos!

Las horas volaban, y la vieja continuaba graznando, señal inequívoca de

que los lienzos no se rendían á la acción del calórico. Así trascurrieron varias noches, y no días, porque la tía Toñica era tan reservada y modesta, que jamás se hubiera perdonado la falta de haber dejado penetrar en su casa un rayo de sol. La chimenea humeaba: los colores burlaban del fuego, y hacían la desesperación de la coladora. Fama tenía ya la tal de no ser muy católica; la vecindad entendió algo de sus hornillos y hogueras nocturnas; el pueblo murmuraba, y una voz terrible por las fatales consecuencias que no pocas veces llevó en pos de sí, salía de todos los labios. ¡Brujal ¡Brujal

Si la tía Toñica pasaba junto al umbral, los niños huían gritando: ¡Qué viene la bruja!

Si al oír esto, se dirigía por otra parte, no falta quien con misterioso tono decía: allá vá la bruja! y al poco tiempo el nombre de la tía Toñica sirvió para acallar y hacer dormir con siniestra pesadilla á todos los pequeñuelos del lugar.

A pesar de esto, la chimenea continuaba humeando.

Cierta noche, varios jóvenes quisieron sorprender los secretos de la bruja, y en el momento en que por fin creían triunfar llamaron á la puerta.

—¡Maldición, á nadie abro!—contestó.

—Ea, no os hagais de rogar, tía Toñica; somos amigos,—dijeron los de afuera con acento que no admitía réplica.

—Esperad;—y así diciendo, apartó la caldera del fuego, y sacó los lienzos estendiéndolos en una habitación inme-

diata. Mientras se dirigía á la puerta, retorciéndose la llama, libre ya del obstáculo que antes la oprimía, principió á acariciar y lamer algunas tablas resinosas, y á los pocos instantes el tugurio era pasto del voraz elemento.

—¡Fuegol ¡fuegol tía Toñica,—gritaron los jóvenes.

—¡Ah! ¡mis pinturas! ¡mis pinturas!—y se precipitó en el hogar.

—¡Fuegol ¡fuegol—decían los vecinos, y la pequeña y única campana del convento, movida con trabajo en su ruinoso torreón, sonaba con los golpes de costumbre.

—¡Salvemos á la tía Toñica! no; ¡que arda la bruja, que arda!

—¡Salvémosla! ¡salvémosla!—gritaba la multitud; disponíanse á penetrar en la casa, cuando la techumbre se desplomó con estruendo. Un cuerpo negruzco se agitaba entre los escombros. Era el cadáver medio calcinado de la tía Toñica.

## V.

Al otro día, varios vecinos ocupábanse en poner á salvo algunos objetos. Dos viajeros, llegados la noche del siniestro, atraídos por la curiosidad, se enteraban de las ruinas.

—¡Milord! ¡milord! ¡cuadros de Murillo!—exclamó el mas joven, sorprendido y entusiasmado.—¡Diez mil francos para el Museo francés!

—Poco á poco monsieur. ¡Diez mil libras para Inglaterra!

—Milord, ¿me hareis una gracia?

—Teneis derecho á pedirmela, sois mi amigo.

—Cededme un lienzo.

—No me opongo: llevaos la cena.

—La Perla brillará en Vindsor.

J. M. ECIJA.

---

## LA DEVOCION Á LA VIRGEN.

---

### Relato histórico.

Para los que tuvimos la dicha de asistir á la reciente peregrinacion á los Santos Lugares, fué la noche del 4 de Octubre último, una de las mas bellas que disfrutamos durante nuestro viaje por mar. Los 105 peregrinos que formábamos parte de la devota expedicion nos hallábamos reunidos en el salon de cubierta del vapor *Santiago*: unos sentados en los bancos, y otros sobre mantas tendidas en el pavimento. La atmósfera estaba en plena calma; el cielo sin nubes, y tachonado de estrellas, y la blanca luna cubria con su velo de plata la oscura superficie del mar que parecia dormido.

Todos los peregrinos estábamos callados, escuchando con el mas religioso silencio la palabra inspirada del P. Antonio Ferrer, de las Misiones de S. Vicente de Paul, en Méjico. El P. Ferrer acompañaba sus sábias reflexiones con ejemplos tan edificantes, que lograba siempre cautivar poderosamente nuestra atencion y conocer nuestros corazones.

Uno de los mas bellos ejemplos que citó fué el que voy á contar á mis lectores con el titulo de *La devocion á la Virgen*, ya que es una prueba de lo que puede la Madre de Dios y lo que podemos alcanzar nosotros dirigiendo á ella nuestras plegarias. El Padre Ferrer, que se halla

actualmente en esta ciudad, y á quien he tenido el gusto de consultar acerca del hecho, me ha dicho que es rigurosamente histórico, y con los datos que ha tenido la bondad de darme, he escrito la siguiente relacion:

Al Sud de la ciudad de Méjico, cerca de la poblacion de Yantepec, vive desde hace muchos años D. Domingo Ortiz, administrador de una casa de campo.

El Sr. Ortiz, persona muy piadosa, ha sido presidente de la Sociedad Católica y siempre ha contribuido con cuantos medios le han sido dables á la propaganda de las sanas doctrinas. Esto sin duda le creó algunos enemigos á pesar de su bondadoso carácter y de sus pacíficas costumbres. Lo cierto es que una tarde mientras se hallaba sentado en medio de la familia á la puerta de su casa de campo, se presentaron algunos hombres armados que supone pertenecian á alguna de las partidas que en 1801 (año en que ocurrió el hecho que relatamos) se levantaron contra el desdichado emperador Maximiliano.

—¿Sois vos Domingo Ortiz?—le preguntó el que hacia de jefe.

—Yo soy,—le contestó.—¿En qué puedo servirlos?

—Pues seguidnos,—repuso bruscamente el recién venido.

La esposa se arrojó instintivamente al cuello de su marido para ampararle, y sus hijos se abrazaron á sus piernas sin apartar sus ojos azorados de aquellos hombres cuyo aspecto les infundia horror.

—Sepa al menos,—añadió el Sr. Ortiz,—á dónde quereis llevarme y qué es lo que quereis de mí.

—Solo puedo deciros que no iremos muy lejos y que sereis pasados por las armas. Si amais á vuestra familia y no deseais que sufra vuestra misma suerte, procurad libraros pronto de ella y seguidnos sin replicar, no dirigiéndonos pregunta.

La infeliz esposa cayó sin sentido y el Sr. Ortiz aprovechó el momento en que los criados la tomaron en sus brazos para prestarle auxilio y sus hijos la rodeaban llorando, para seguir maquinalmente y sin darse cuenta de lo que sucedía á los desconocidos que le maniataron como si se tratase de un facineroso.

Cuando la pobre señora volvió en sí arrancó un grito de desesperacion al ver que su esposo no estaba á su lado y al pensar en el peligro inminente que corría y los criados tuvieron que hacer grandes esfuerzos para impedir que se lanzara en pos de su marido.

—¡Esposo mio!—gritaba con voz entrecortada por el llanto,—mas por única respuesta escuchaba el lúgubre gemido del viento que mecía las copas de los árboles gigantescos.

—¡Dejadme!—decía haciendo esfuerzos para desasirse de los brazos de los criados que la sujetaban,—dejadme que vaya á morir con mi esposo.

—Señora,—le dijo un anciano,—acordaos que al par de esposa sois madre y que vuestros hijos necesitarán mas de vos si llegan á perder á su padre.

Esta reflexion logró desvanecer el propósito que tenia de ir en busca de su esposo, pero aumentó su dolor y sus lamentos se confundieron con los de sus hijos y sus criados.

Casi al mismo instante el Sr. Ortiz llegaba á un campamento de los insurrectos y era presentado al jefe por los que le prendieron.

—¿Sois vos Domingo Ortiz?—le preguntó el jefe.

—Yo soy,—contestó con voz apagada.

—Pues vais á ser fusilado al momento.

—Señor, por...—balbuceó el infeliz,—pero no pudo decir mas, porque á una señal del jefe le vendaron los ojos y le obligaron á postrarse de rodillas.

El corazon le palpitaba con violencia, los oidos le zumbaban y en su cerebro las ideas mas tristes y desgarradoras giraban vertiginosamente como si estuviera preso de la mas horrible pesadilla. De pronto oyó de lejos la voz de un hombre que gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Deteneos!

Brilló en su mente un rayo de esperanza, débil en verdad, pero que bastó para devolverle un poco de calma y permitirle hacerse cargo del siguiente diálogo:

—Detente, no des la orden fatal que va á quitar la vida á un inocente,—dijo la voz bienhechora que se habia acercado.—Este hombre es intimo amigo mio no es reaccionario como suponeis, sólo tiene el defecto de ser *mocho* (asi llamaban entonces á los católicos en Méjico), pero es incapaz de hacer traicion á nadie. No querais ser instrumentos de una venganza inicua.

—¿Estás seguro de lo que dices?—preguntó el jefe.

—Segurísimo; ¿no te he dicho que es un amigo mio?

—Pues entonces me fio de tu palabra. Ea, quitadle la venda y dejadle en paz.

La alegría que experimentó el corazón de Ortiz, la dejamos á la consideración de nuestros lectores; solo diremos que superó á esta alegría la sorpresa de ver que la persona que le habia salvado le era completamente desconocida; abrazóle, sic embargo, en señal de profundo agradecimiento, y se dirigió á su casa temblándole las piernas, y con la cabeza confusa como si estuviera siendo víctima de un sueño pesado.

Cuando su esposa é hijos le vieron, el llanto de dolor se convirtió en lágrimas de alegría, y los ayes y lamentos en exclamaciones de gozo. En medio del contento notó que no habia salido á abrazarle una de sus hijas, una niña de diez años,

—¿En donde está?—preguntó,—y la madre recordó con sobresalto que desde que su esposo se fué con los desconocidos no habia vuelto á ver á la niña.

—Yo aseguro que no ha salido de casa,—dijo una criada.

Corrieron todos en su busca y se ofreció pronto á su vista un espectáculo conmovedor. La tierna niña estaba postrada delante de una imagen de la Virgen, que contemplaba con ojos llenos de lágrimas, y tenia las manos juntas en actitud de orar.

Su padre corrió á abrazarla, la cubrió de besos y le preguntó despues de una de estas escenas mudas en que solo hablan los corazones.

—¿Qué hacías, hija mia?

—Cuando vi que os llevaban preso vine á postrarme á los piés de la Virgen

Maria para pedirle que os librara de todo peligro.

Era la verdad; mientras los demás se entregaron á la desesperación derramando inútil llanto, ella habia acudido á la que es Madre de afligidos y su oración pura y tierna habia llegado hasta el cielo.

Toda la familia se postró entonces ante aquella imagen de la Virgen para darle gracias por el favor que acababa de otorgarles.

El P. Antonio Ferrer me dijo que en 1870 conoció á la niña; que el Sr. Ortiz le contó este relato, que es una prueba de que la Virgen Maria no desoye nunca las plegarias que le dirigen con pureza de intención. Acudamos, pues, á la Virgen Inmaculada en todas nuestras aflicciones y Ella obtendrá siempre de su Divino Hijo un remedio en todas nuestras necesidades.

J. NOUGUÉS Y TOULET.

## COLECCION

DE

**Sermones, homilias y panegiricos,**

obra original

*escrita*

POR EL DR. D. ZACARIAS METOLA Y CUENDE, CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS.

Cuatro tomos: en rústica 13 pesetas en pasta 16.

Los pedidos al autor, añadiendo una peseta 50 céntimos para franqueo y certificado.

Imp. Católica, Huerto del Rey, 13.